

ADAM SMITH: A DOSCIENTOS AÑOS DE SU MUERTE *

Alberto Benegas Lynch (h)

“Lo que más rápidamente aprende un gobierno de otro es el arte de sacar dinero de bolsillo de la gente.”

Adam Smith, *The Wealth of Nations*, Modern Library, 1937, p. 813.

“El verdadero creador de la economía moderna es, según opinión unánime, Adam Smith [...] ningún economista podría omitir al viejo autor escocés sin reducir considerablemente su horizonte científico.”

C. Gide y C. Rist, *Historia de las doctrinas económicas*, Arazú, 1949, vol. I, pp. 75-76.

En la presentación del resumen que sigue -que versará sobre lo que consideramos son algunos de los puntos más sobresalientes de la visión smithiana- pensábamos invertir la secuencia habitual. Pensábamos abrir esta nota con la conclusión en lugar de dejarla para el final. Todos los trabajos que hemos leído de Smith pueden resumirse en una tesis central. Pensábamos que el encabezar este resumen con algunas reflexiones en torno a la perspectiva que ofrece aquella tesis central facilitaría la comprensión de los puntos que mencionamos (y muchos otros que el estudioso verá en los originales) y permitiría una primera aproximación a lo que entendemos es la preocupación principal de Adam Smith. Sin embargo, después de leer uno de los trabajos de N. Rosenberg, decidimos no incluir conclusión alguna puesto que este autor, en pocas líneas, presenta un cuadro excepcionalmente claro y preciso del eje central del pensamiento smithiano. Por tanto, hemos optado por intercalar en el cuerpo de esta nota la cita correspondiente del profesor Rosenberg.

Filosofía moral y otros estudios

Según William R. Scott el secuestro de que fuera objeto Adam Smith cuando chico a manos de un grupo de gitanos quedó grabado en su subconsciente y “engendró una actitud de justificada antipatía a todos los procedimientos compulsivos y una receptividad a todo lo que estuviera en la dirección de la libertad”.¹ Junto con sus estudios y preocupaciones, éste es uno de los episodios que el mismo Scott tiene *in mente* cuando afirma que “cuanto más se conoce a Adam Smith, mejor se ve que el secreto de este genio se encuentra en aquella parte de su vida transcurrida antes de convertirse en una celebridad.”²

Smith fue durante buena parte de su vida profesor de filosofía moral. Sus intereses y escritos también incluyeron la crítica literaria, la lógica, la economía y la jurisprudencia. Estas dos últimas áreas del conocimiento son tratadas por este eminente escocés como una aplicación particular de la filosofía moral. Su primera publicación de importancia fue *La teoría de los sentimientos morales*, aparecida en 1759. G. Stigler señala que “[...] si Adam Smith se hubiera muerto en 1760 probablemente lo hubiéramos considerado como un especialista en filosofía más bien que un economista no especializado como ahora lo hacemos”.³ *La indagación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, fruto de material recogido durante mucho tiempo, apareció en 1776 y es la obra más ampliamente conocida de Adam Smith. Curiosamente, no fue concebida inicialmente como un trabajo sobre economía propiamente dicha sino como un estudio respecto de las consecuencias que producen determinados sistemas institucionales sobre el progreso humano.⁴ Sin embargo, una vez completada la obra, puede decirse que resultó ser la primera que trató la economía de modo sistemático. M. y R. Friedman dicen que “*The Wealth of Nations*” se considera en forma unánime y con justicia, como la piedra fundamental de la economía científica moderna. Su fuerza normativa y su influencia en el mundo intelectual revisten gran importancia para nuestro objetivo actual. Su rápida influencia sobre la comunidad intelectual reflejó, sin duda alguna, las semillas plantadas por Hume y otros -las

* Una versión condensada de este trabajo apareció en la sección literaria de *La Nación* (22 de abril de 1990), titulada “A doscientos años de la muerte de Adam Smith”.

¹ W. R. Scott, *Adam Smith as Student and Professor*, Kelley, 1965, p. 25.

² *Ibíd.*, p. VIII.

³ *Essays on the History of Economics*, University of Chicago Press, 1965, p. 32.

⁴ E. G. West, *Adam Smith: the Man and his Works*, Arlington House, 1969, p. 19.

contracorrientes intelectuales de la corriente mercantilista-, así como también sobre las primeras etapas de la Revolución Industrial.⁵ En alusión a esta obra de Smith, autores como Benjamín Rogge afirman que “si tenemos en cuenta sus resultados últimos, es, probablemente, el libro más importante que se haya escrito”.⁶ Schumpeter subraya este éxito afirmando: “Antes de que terminara el siglo *The Wealth of Nations* había conseguido nueve ediciones inglesas sin contar las que aparecieron en Irlanda y los Estados Unidos y se había traducido (que yo sepa), al danés, al holandés, *al francés, al alemán*, al italiano y al español. (Las lenguas en cursiva contaban con más de una traducción; la primera traducción rusa apareció en 1802-1806.) Con esto se podrá medir el éxito del libro en el primer estadio de su carrera. Creo que se puede considerar espectacular tratándose de una obra de su tipo y calibre [...]”.⁷ Recientemente fueron recopilados en dos volúmenes algunos de los estudios de Adam Smith sobre jurisprudencia, crítica literaria, música y otras misceláneas.⁸ Lamentablemente, muchos de sus papeles privados fueron destruidos después de su muerte, documentos que seguramente hubieran agregado información valiosa.⁹ El estilo, la elocuencia y la vivacidad presentes en la mayor parte de los trabajos de Smith hizo que Edmund Burke dijera que su primer libro publicado “constituye, posiblemente, una de las más bellas expresiones de teoría moral que hayan aparecido. Las ilustraciones son numerosas y felices y revelan que el autor es un hombre dotado de un poder de observación fuera de lo común. Su lenguaje es fácil y fogoso y pone las cosas ante el lector con la mayor claridad; se trata más bien de una pintura que de un escrito”.¹⁰

Corrientes de pensamiento

Siempre resulta difícil afirmar con certeza los grados de influencia que determinadas corrientes de pensamiento han ejercido sobre un autor. De todos modos, en nuestro caso, la investigación muestra que quienes han influido en mayor medida sobre el filósofo escocés han sido Locke, algunas de las elaboraciones de la Escuela de Salamanca (a través de Grotius, Cumberland, Hooker y Puffendorf), Cantillon, Turgot, Voltaire, Helvetius, Mandeville, Petty, sus amigos Hume y Ferguson, su profesor Francis Hutcheson y el predecesor de éste en Glasgow, G. Carmichael.¹¹ A su vez, resulta imposible intentar una mención taxativa de la influencia que ejerció Adam Smith sobre otros. Señalemos solamente que en la política inglesa ha sido enorme, especialmente sobre Peel, Disraeli y Gladstone.¹² En nuestro medio, Juan Bautista Alberdi se refiere con detenimiento a la influencia de Adam Smith sobre la Constitución Argentina de 1853 de la siguiente manera:

“He ahí la cuestión más grave que contenga la economía política en sus relaciones con el derecho público. Un error de sistema en ese punto es asunto de prosperidad o ruina para un país. La España ha pagado con la pérdida de su población y de su industria el error de su política económica, que resolvió aquellas cuestiones en sentido opuesto a la libertad.

Veamos, ahora cómo ha sido resuelta esta cuestión por las cuatro principales escuelas en que se divide la economía política. La *escuela mercantil*, representada por Colbert, Ministro de Luis XIV, que sólo veía la riqueza en el *dinero* y no admitía otros medios que adquirirla que las manufacturas y el comercio, seguía naturalmente el sistema protector y restrictivo. Colbert formuló y codificó el sistema económico introducido en Europa por Carlos V y Felipe II. [...] A esta escuela se aproxima la *economía socialista* de nuestros días, que ha enseñado y pedido la intervención del Estado en la organización de la industria, sobre bases de un nuevo orden social más favorable a la condición del mayor número. Por motivos y con

⁵ “La corriente en los asuntos de los hombres”, *Libertas* 11, año VI (1989): 73.

⁶ *The Wisdom of Adam Smith*, Liberty Press, 1976, p. 9.

⁷ *Historia del análisis económico*, Ed. Ariel, 1971, p. 236.

⁸ *Lectures on Jurisprudence*, Liberty Classics, 1982, y *Essays on Philosophical Subjects*, Liberty Classics, 1982.

⁹ J. Rae, *Life of Adam Smith*, Kelley, 1965, p. 5.

¹⁰ Vid. J. Rae, op. cit., pp. 45-46.

¹¹ E. G. West, op. cit., J. Rae, op. cit.; D. Stewart, “An Account of the Life and Writings of Adam Smith”, en *Essays on Philosophical...*, op. cit. (esp. p. 297). Véase también “Adam Smith’s Correspondence”, en W. R. Scott, op. cit., p. 232 ss. (sobre el supuesto plagario, vid. p. 119 y, en J. Rae, pp. 65 y 433).

¹² E. G. West, op. cit., p. 16 y ss.

fines diversos, ellas se han dado la mano en su tendencia a limitar la libertad del individuo en la producción, posesión y distribución de la riqueza. Estas dos escuelas son opuestas a la doctrina económica en que descansa la Constitución Argentina.

Enfrente de estas dos escuelas y al lado de la libertad, se haya la escuela llamada physiocrática representada por Quesney, y la grande escuela industrial de Adam Smith. La filosofía europea del siglo XVIII, tan ligada con los orígenes de nuestra revolución de América, dio a luz la escuela physiocrática o de los economistas, que flaqueó por no conocer más fuentes de riqueza que la *tierra*, pero que tuvo el mérito de profesar la libertad por principio de su política económica, reaccionando contra los monopolios de toda especie. A ella pertenece la fórmula que aconseja a los gobiernos: *dejar hacer, dejar pasar*, por toda intervención en la industria. En medio del ruido de la independencia de América, y en vísperas de la Revolución Francesa de 1789, Adam Smith proclamó la omnipotencia y la dignidad del trabajo; del *trabajo libre* [...]. A esta escuela de libertad pertenece la doctrina económica de la Constitución Argentina, y fuera de ella no se deben buscar comentarios ni medios auxiliares para la sanción del derecho orgánico de esa Constitución. La Constitución es, en materia económica, lo que en todos los ramos del derecho público: la expresión de una revolución de libertad, la consagración de la revolución social de América.

Y, en efecto, la Constitución ha consagrado el principio de la libertad económica, por ser tradición política de la Revolución de Mayo de 1810 contra la dominación española, que hizo de esa libertad el motivo principal de guerra contra el sistema colonial o prohibitivo [...] nuestra revolución abrazó la libertad económica, porque ella es el manantial que la ciencia reconoce a la riqueza de las naciones; porque la libertad convenía esencialmente a las necesidades de la desierta República Argentina, que debe atraer con ella la población, los capitales, las industrias de que carece hasta hoy con riesgo de su independencia y libertad, expuesta siempre a perderse para el país, en el mismo escollo en que España perdió su señorío: en la miseria y pobreza".¹³

Boswell cuenta que cuando apareció la obra de Smith sobre economía sir John Pringle manifestó que, dado que el autor nunca participó en el comercio, no era posible que escribiera bien sobre el tema. Cuando esta opinión llegó a oídos de Samuel Johnson se apresuró a señalar que este punto de vista encerraba un error de apreciación puesto que "para escribir un buen libro, el autor debe contar con una visión profunda de lo que expone pero no es necesario que practique el tema sobre el cual escribe".¹⁴

Interés personal y mano invisible

Mucho se ha discutido sobre la solidaridad con los problemas del prójimo como algo despegado y ajeno al propio interés. Adam Smith explica que todos actuamos en nuestro interés personal (en última instancia, esto puede aparecer como una tautología puesto que sólo concebimos un acto voluntario cuando está en interés del actor realizarlo). Este interés personal incluye tanto los actos sublimes como los reprobables. No es incompatible con los sentimientos nobles de quienes se regocijan con la satisfacción y el bienestar de otros, situación para la cual Smith recoge la expresión *benevolencia*.¹⁵ Desde luego, aquellas acciones que lesionan derechos de terceros deben ser reprimidas por el gobierno. Así, Adam Smith señala:

“Cuando hay propiedad hay desigualdad. Por cada hombre rico habrá por lo menos quinientos pobres y la riqueza de unos pocos supone la indigencia de muchos. La opulencia de los ricos excita la indignación de los pobres, quienes están

¹³ J. B. Alberdi, *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, Raigal, 1954, pp. 3-4.

¹⁴ Vid. J. Rae, op. cit., p. 288.

¹⁵ A. Smith, *A Theory of Moral Sentiments*, Liberty Classics, 1969, passim. Este tema es elaborado especialmente por A. Ferguson, cf. *An Essay on the History of Civil Society*, Edinburgh University Press, 1966, p. 14: “El término *benevolencia*, por su parte, no es empleado para caracterizar a las personas que no tienen deseos propios; apunta a aquellas cuyos propios deseos las mueven a procurar el bienestar de otros”.

empujados a invadir aquellas propiedades debido a la necesidad y a la envidia. Solamente bajo el escudo protector del magistrado civil puede dormir tranquilo el propietario quien ha adquirido su propiedad a través del trabajo de muchos años o, tal vez, a través de muchas generaciones. El propietario está permanentemente acechado por enemigos, a quienes, aunque nunca los ha provocado, nunca los podrá aplacar y de cuya injusticia sólo puede protegerse a través del poderoso brazo armado del magistrado civil. La adquisición de valiosa propiedad, por lo tanto, necesariamente requiere el establecimiento del gobierno civil.”¹⁶

Pero todas las actividades que no atentan contra aquellos derechos conforman relaciones contractuales libres y voluntarias, lo cual hace posible que las partes involucradas obtengan los correspondientes beneficios. En otros términos, siempre sobre la base del interés personal, el acto puede lesionar derechos de terceros, puede resultar *prima facie* neutro para terceros o puede hacerse el bien. En este último caso, se puede hacer deliberadamente (benevolencia) o puede resultar como una consecuencia no buscada por el actor. Adam Smith, en un célebre pasaje, ilustra esto de la siguiente manera:

“Prácticamente en forma constante al hombre se le presentan ocasiones para ser ayudado por su prójimo pero en vano deberá esperarlo solamente de la benevolencia. Tendrá más posibilidades de éxito si logra motivar el interés personal de su prójimo y mostrarle que en su propia ventaja debe hacer aquello que se requiere de él. Cualquiera que propone un convenio de cualquier naturaleza está de hecho proponiendo esto. Deme aquello que deseo y usted tendrá esto que necesita. Éste es el sentido de un convenio, y es la manera por la cual obtenemos de otros los bienes que necesitamos. No debemos esperar nuestra comida de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero, sino que se debe a sus propios intereses. No nos dirigimos a su humanidad sino a su interés personal, y nunca conversamos con ellos de nuestras necesidades sino de sus ventajas”.¹⁷

En el proceso de mercado, el fin del sujeto actuante no consiste en el beneficio del prójimo; sin embargo, como resultado, todas las partes contratantes mejoran su situación. Adam Smith alude a este proceso recurriendo a la figura metafórica de la *mano invisible* para destacar la coordinación inherente al orden social de la libertad. Adam Smith explica este punto, señalando: “El productor o comerciante [...] solamente busca su propio beneficio, y en esto como en muchos otros casos, está dirigido por una mano invisible que promueve un fin que no era parte de su intención atender”.¹⁸ Adam Smith explica que la referida coordinación no es una consecuencia de la razón humana ni del diseño humano sino de un proceso que se debe a “la sabiduría de Dios”; así nos dice:

“Tendemos a pensar que la razón es la causa eficiente cuando por principios naturales tendemos a lograr aquellos fines que una mente refinada nos recomendaría y a imaginar que se deben a la sabiduría del hombre cuando en realidad se deben a la sabiduría de Dios”.¹⁹

La arrogancia del intelecto que Smith atribuye a los planificadores sociales se ve también en el siguiente párrafo: “El hombre del sistema [...] está generalmente tan enamorado de la belleza de su propio plan de gobierno que considera que no puede sufrir ni la más mínima desviación de él. Apunta a lograr sus objetivos en todas sus partes sin prestar la menor atención a los intereses generales o a las oposiciones que puedan surgir: se imagina que puede arreglar las diferentes partes de la gran sociedad del mismo modo que se arreglan las diversas piezas en un tablero de ajedrez. No considera para nada que las piezas de ajedrez puedan tener otro principio motor que la mano que las mueve, pero en el gran tablero de ajedrez de la sociedad humana cada pieza tiene su propio principio motor totalmente diferente de lo que el legislativo ha elegido imponer. [...] Si los principios son opuestos el

¹⁶ *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Modern Library, 1937, pp. 669-70.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 14.

¹⁸ *Ibíd.*, p. ej., p. 423.

¹⁹ *The Theory of...*, pp. 168-69.

juego se desarrollará en forma miserable y la sociedad estará en todo tiempo en un alto grado de desorden”.²⁰

Hayek pone de manifiesto: “El gran logro de Adam Smith respecto de la discusión de la división del trabajo fue el reconocimiento de que los individuos no están guiados por los deseos concretos y las capacidades de sus congéneres sino por medio de las señales abstractas de los precios que surgen de la demanda y la oferta en el mercado [...]. A pesar de la 'poca comprensión' del individuo, cuando se le permite usar su propio conocimiento para sus propósitos [...] se ubica en una posición donde puede servir al resto de los hombres y sus necesidades empleando sus respectivas habilidades, las cuales están fuera de su percepción. La gran sociedad en realidad se hace posible cuando el individuo es guiado por su propio esfuerzo, no atendiendo directamente los deseos visibles de otros sino respondiendo a las señales del mercado”.²¹

Para el examen de nuestros actos Adam Smith propone que nos coloquemos en la posición de un *espectador imparcial* con la intención de borrar o, por lo menos, mitigar la parcialidad en el juicio sobre nuestra propia conducta y el que emitimos sobre los demás. Así Adam Smith dice: “Cuando nos ponemos en la posición de espectadores de nuestro propio comportamiento nos imaginamos qué efectos producirá sobre , nosotros. Este es el único espejo en el que podemos en alguna medida mirarnos como nos miran los ojos de otras personas y así evaluar nuestra conducta”; y más adelante dice: “Hay dos ocasiones diferentes en donde examinamos nuestra propia conducta y la vemos a la luz con que un espectador imparcial podría verla: primero, cuando estamos por actuar, y segundo, después de haber actuado”.²² Los parámetros para juzgar conductas morales o inmorales son, según la perspectiva smithiana, manifestaciones de *simpatía* respecto de los sentimientos de aquel espectador imparcial.²³

Doctrina mercantilista

A pesar de los errores en que incurrió Adam Smith al exponer su teoría del valor-trabajo y de la consecuente deficiencia en la fundamentación del sistema de precios, expone una interesante elaboración sobre el concepto de oferta y demanda y de algunas de las características del mercado. En este sentido, exhibe gran poder didáctico su cuidadoso análisis acerca del rol que desempeña la competencia tanto del lado de la oferta como del lado de la demanda para limar excedentes y faltantes a través de los precios de mercado.²⁴

Mucho se ha discutido sobre la por momentos ambigua y confusa y por momentos decididamente errónea teoría del valor que propuso Adam Smith. Este ha sostenido que: “Por tanto, solamente el trabajo que nunca varía en su propio valor es en sí mismo el estándar real y último por el que los valores de todos los bienes en todos los tiempos y lugares pueden estimarse y compararse”; y más adelante señala que “el valor real de todos los componentes del precio está medido por la cantidad de trabajo que cada una de esas partes puede adquirir. El trabajo no sólo mide esa parte del precio que se traduce en trabajo sino también aquella parte que se traduce en renta y en ganancia”.²⁵ Por su parte J. A. Schumpeter señala que “se le ha atribuido a A. Smith una teoría del valor-trabajo -o, más precisamente, se le han atribuido tres teorías del valor-trabajo incompatibles entre sí- cuando está del todo claro, por el capítulo 6, que Smith quería *explicar* el precio de las mercancías por su coste de producción, razón por la cual dicho capítulo se divide en salario, beneficio y renta que son ‘las fuentes originarias de todo ingreso, así como de todo valor cambiante’. Se trata sin duda de una explicación del valor muy insatisfactoria [...]”.²⁶ Asimismo, E. Cannan afirma que “Adam Smith señala que 'el trabajo, no la moneda, es la medida del valor' (P. 190)”; y más adelante dice que “una teoría del valor debe explicar en términos generales por qué los bienes y servicios son intercambiados unos por otros y las ratios en las cuales son

²⁰ *Ibíd.*, pp. 380-81

²¹ “Adam Smith's Message in Today's Language”, en *New Studies in Philosophy, Politics and Economics and the History of Ideas*, The University of Chicago Press, 1978, p. 208.

²² *A Theory of...* op. cit., pp. 206 y 261.

²³ J. Rae, op. cit., p. 140.

²⁴ *The Wealth of...*, op. cit., por ej., pp. 56 y 59.

²⁵ *Ibíd.*, pp. 33 y 50.

²⁶ *Historia del ...* op. cit., pp. 230-31.

intercambiados, y también por qué, de tiempo en tiempo, estas ratios tienen alguna variación. La teoría de Adam Smith no parece siquiera plausible con respecto al primer interrogante”²⁷ También P. H. Douglas dice que “[...] la formulación de Smith respecto de los problemas del valor en cambio y de la distribución del producto nacional y los factores de producción era de características tales que inevitablemente dio lugar a las doctrinas del socialismo post-ricardiano y a la teoría del valor-trabajo y la de la explotación de Karl Marx”.²⁸ L. von Mises, al abordar la preferencia temporal, afirma que: “Los economistas clásicos, por razón de su defectuosa doctrina del valor y de sus ideas erróneas acerca de los costos, no podían percatarse de la trascendencia del factor tiempo”.²⁹ Consideremos que, en el mejor de los casos, puede sostenerse que la teoría del valor smithiana no resulta clara, si bien es cierto que la intención principal del autor no parece haber sido la de hacer una minuciosa exposición sobre el valor sino la de refutar las teorías prevalentes de la escuela mercantilista y, al mismo tiempo, señalar las ventajas del libre comercio. Esto último, como ya se ha señalado, es una aplicación de la visión más general de Smith basada en las motivaciones individuales puestas de manifiesto en las múltiples y cambiantes preferencias individuales, las cuales, en un marco de libertad, se canalizan a través de acuerdos voluntarios donde cada participante, para incorporar los valores que desea, debe interesar a otros en los valores que aquellos otros pretenden obtener. Este proceso descrito por Smith - el sistema de “libertad natural”- involucra todo tipo de acción humana y, desde luego, no se circunscribe a las actividades crematísticas.

En materia económica, tal vez su contribución de mayor vuelo haya sido la noción de la *división del trabajo*, a la cual hace referencia en las primeras líneas de su libro sobre economía. En este sentido, Thomas Sowell explica:

“*The Wealth of Nations* trata la división del trabajo como la gran fuente de eficiencia en la producción. Cada trabajador, al especializarse en su parte del proceso productivo, haría las cosas más rápidamente y sería más apto en la tarea. En el escenario internacional, la división del trabajo hace que cada nación se especialice en lo que puede producir de modo más barato. Tanto domésticamente como en el plano internacional, la división del trabajo estaba limitada sólo por el tamaño del mercado en la producción correspondiente [...]. En un mercado local chico la producción de un individuo que se concentra en un aspecto del proceso productivo puede exceder lo que es vendible. Un carpintero de una comunidad rural pequeña podrá hacer todo tipo de carpinterías y trabajos en maderas [...] más bien que especializarse en un tipo de carpintería como se haría en una ciudad grande. Por tanto, los mercados limitados limitan a su vez la subdivisión de las tareas productivas y por tanto limitan la eficiencia. Mientras que algunas limitaciones a los tamaños de los mercados resultan inevitables debido, por ejemplo, al costo de transporte, las limitaciones artificiales reducen los mercados y por tanto la eficiencia más allá de lo que deben ser reducidos. Estas restricciones artificiales van desde licencias restrictivas para entrar en algunas ocupaciones a restricciones del libre tráfico del comercio internacional”.³⁰

De la división del trabajo derivan las exitosas explicaciones de Smith sobre las falacias inherentes a la doctrina mercantilista respecto del comercio exterior y la moneda. En este sentido Adam Smith dice: “El interés de una nación en sus relaciones comerciales con otras es igual al de un comerciante respecto de las diversas personas con quienes trata: comprar barato y vender caro. Las posibilidades de comprar barato serán mayores si se permite que la libertad de comercio estimule a las naciones a comprar los bienes que pueden comprar, y por la misma razón venderán caro en la medida en que los mercados tengan la mayor cantidad de compradores posible”.³¹

²⁷ *A Review of Economic Theory*, Kelley, 1964, p. 164.

²⁸ En *The Development of Economic Thought*, H. W. Spiegel (comp.), tomado de “Smith's Theory of Value and Distribution”, The University of Chicago Press, 1928.

²⁹ *La acción humana - Tratado de economía*, Unión Editorial, 1980, p. 724. La cursiva es nuestra.

³⁰ “Adam Smith in Theory and Practice”, en *Adam Smith and Modern Political Economy*, G. P. O'Driscoll (comp.), Iowa University Press, 1979, pp. 8-9.

³¹ *The Wealth of...*, p. 431.

Respecto de la moneda, afirma Smith: “Sería por cierto ridículo que se tratara seriamente de probar que la riqueza no consiste en moneda, sea oro o plata, sino que consiste en lo que la moneda puede adquirir, puesto que aquélla sólo sirve para comprar”.³²

El dogma Montaigne -que sostenía que la pobreza de los pobres se debía a la riqueza de los ricos- fue refutado por Adam Smith al poner de manifiesto que todo el esquema mercantilista, obsesivo con la acumulación de dinero, no permite ver el lado no-monetario de la transacción y el consecuente beneficio de todas las partes involucradas en el comercio. Sowell señala que:

"Smith no solamente rechazó las políticas y las prácticas de los mercantilistas respecto de su concepción de la riqueza y de la nación sino que encaró el problema del orden en el mundo desde una perspectiva distinta. Los mercantilistas formaban parte de una vieja tradición -que continúa con nosotros hoy-, la cual asume que se produciría el caos en ausencia de un orden premeditado impuesto por unos pocos sabios sobre una mayoría ignorante [...]. Sin embargo, no se vio ningún caos en ausencia de sus intelectos heroicos y voluntaristas. La sociedad humana evoluciona y genera sus propios balances del mismo modo que lo hace el sistema ecológico en la naturaleza. Ese balance refleja los deseos y la experiencia de la gente en lugar de reflejar la inspiración de unos pocos".³³

En lo que se refiere a política fiscal, puede decirse que Adam Smith ha sido un precursor de la curva Laffer donde se muestra que, después de cierto límite, el incremento en la presión fiscal conduce a menores ingresos tributarios para el gobierno. Así, Adam Smith manifiesta: “Los impuestos altos, unas veces debido a la disminución en los bienes sujetos a los impuestos y otras como consecuencia del estímulo que se produce al contrabando, se traducen en menores ingresos para el gobierno respecto de aquella situación en donde los impuestos serían más moderados.”³⁴

Como hemos dicho al principio, encontramos un excelente resumen donde se muestra la consolidación de la filosofía smithiana con su idea del proceso de mercado, el cual es expuesto por N. Rosenberg del siguiente modo:

“Como hemos visto, la gran virtud de una sociedad competitiva, desde la perspectiva de Smith, consiste en que allí los individuos no poseen poder antisocial alguno que puedan ejercitar en la búsqueda de sus metas personales. Pero el punto no está circunscripto a la arena económica solamente. Smith muestra gran desconfianza a todas aquellas personas que ocupan posiciones de autoridad y a su tendencia prácticamente inevitable de explotar aquellas posiciones de poder para su propio beneficio personal. La gente en general actúa sirviendo sus intereses, y los burócratas y políticos cuentan con numerosas oportunidades para el enriquecimiento personal. Smith está firmemente convencido -por las razones que explica respecto de las motivaciones humanas- de que cuando existe poder éste va a ser empleado de modo que ponga en ventaja a quienes detentan ese poder, y pondrá en desventaja a los miembros de la sociedad. Para usar terminología perteneciente a la teoría de los juegos, el que posee poder inevitablemente conduce a un sistema de suma cero en lugar de un resultado positivo en el juego. Una gran virtud del *laissez-faire* consiste en la eliminación (o por lo menos la minimización) de las posibilidades de abuso de poder en la arena económica. Un tema común que aparece a través de todo el libro de Smith es la advertencia de que el intervencionismo gubernamental crea un mal sistema de incentivos personales, ofreciéndoles a algunas personas el poder y la oportunidad de enriquecerse a través de un juego de suma cero [...]. El objetivo de una política social es (o debería ser) el establecimiento de un marco institucional donde los incentivos individuales funcionan de modo tal que los participantes, al buscar sus propios intereses, simultáneamente logren atender los intereses de otros [...]. En este proceso debemos evitar dos trampas: la primera es la trampa de la suma

³² *Ibíd.*, p. 406.

³³ “Adam Smith in Theory...” *op. cit.*, p. 7.

³⁴ *The Wealth ...* p.835.

cero que ya hemos discutido; la otra es la creación de un sistema que pretenda obtener éxito sobre la base de incentivos débiles en lugar de incentivos fuertes. Seguramente fracasaremos si desarrollamos instituciones que para obtener éxitos requieren de la gente que actúe con benevolencia en lugar de actuar sobre la base de sus intereses personales. La gran virtud de la propuesta de Smith, como hemos visto, es que para su éxito requiere que la gente actúe sobre la base de su interés personal, y no de la benevolencia. Los arreglos institucionales que se fundamentan en aquella característica universal funcionarán mucho más eficientemente que aquellos que requieran benevolencia, una característica seguramente más deseable pero poco común”.³⁵

Por último -en lo que hemos anunciado como un resumen de lo que consideramos son algunos de los puntos más destacados de las dos obras de mayor trascendencia de Smith- es interesante subrayar su viva preocupación por el empresariado cuando intervienen asuntos gubernamentales. Sostiene que, en estos casos, se traduce “en una conspiración contra el público”.³⁶ Adam Smith explica que, si en lugar de mantener al empresariado en sus funciones específicas, se acepta su intromisión en la política a través del *lobby*, se desatienden los intereses del consumidor, los cuales constituyen “el único fin y propósito de toda la producción”.³⁷ Sowell señala que “*The Wealth of Nations* constituyó un ataque al *statu quo*, y nadie fue más severo en sus denuncias sobre los empresarios que Adam Smith, ni siquiera Karl Marx”.³⁸

A doscientos años de la muerte de este ilustre pensador, el interés sobre los temas que nos propone sigue vigente y sus explicaciones no se reducen a un atractivo meramente histórico, sino que sirven para explorar algunos aspectos filosóficos y para comprender temas cruciales de la ciencia económica. Hoy, a pesar de los grandes procesos en los ámbitos intelectuales, debido en gran parte a las contribuciones smithianas, en los hechos, lamentablemente, en no pocos aspectos nos encontramos inmersos en la era neomercantilista. Asimismo, en no pocos casos, se insiste en el establecimiento de “marcos institucionales” que contrarían las propiedades esenciales del ser humano, como si una dosis suficiente de voluntarismo pudiera sobreimprimir una naturaleza distinta a las relaciones sociales espontáneas. Smith resume el aspecto medular de su investigación cuando afirma: “Por tanto, resulta altamente impertinente y presuntuoso que reyes y ministros pretendan vigilar la economía de la gente [...]. Dejemos que aquéllos se ocupen de lo que les corresponde, y podemos estar seguros de que éstos se ocuparán de lo suyo”.³⁹ Releer las obras de Adam Smith, actualizadas con los extraordinarios aportes realizados desde entonces, ilumina y ayuda a entender muchos de los problemas del mundo contemporáneo.

³⁵ “Adam Smith and laissez-faire revisited”, en *Adam Smith and....* op. cit., pp. 29-30. Por mi parte me parece útil agregar a este resumen que realiza Rosenberg de la perspectiva smithiana que, como señala con énfasis Ferguson (vid. supra, nota 15), la benevolencia es *también* una manifestación de interés personal. De lo que se trata es de que el marco institucional recoja e incorpore las características y las motivaciones del ser humano tendientes a la cooperación social libre y pacífica, con lo cual se apunta a la armonía de intereses. De lo contrario, si se pretende imponer esquemas artificialmente diseñados por mentes pretendidamente omniscientes, se producen como resultado irreconciliables conflictos de intereses. Por último, es interesante observar en las interpretaciones de Rosenberg las anticipaciones de Smith a la teoría del *public choice*.

³⁶ *The Wealth of...*, op. cit., p. 128.

³⁷ *Ibid.*, p. 625.

³⁸ “Adam Smith in Theory...”, op. cit., p. 3.

³⁹ *The Wealth of...*, op. cit., p. 329.